



LA GUERRA DE LOS TOYOTA

Carlos Javier Frías Sánchez. Teniente coronel. Artillería. DEM

INTRODUCCIÓN

En la madrugada del 2 de enero de 1987, el joven general chadiano Hassan Djamous observaba con sus prismáticos las fortificaciones que protegían los pesados carros de combate T-55 y T-62 del ejército libio, en la base de Fada, al norte del Chad, en pleno desierto del Sáhara. Los centinelas libios, refugiados tras las fortificaciones y campos de minas que protegían la base, no habían detectado a los chadianos: el último informe de inteligencia los situaba a cientos de kilómetros al sur... Apoyado en la cabina de su pick-up Toyota Hilux, que todavía conservaba su pintura civil, hizo un gesto a su artillero, que respondió con una larga ráfaga de su ametralladora KPV de 14,5 mm, dirigida hacia el cielo... Apenas instantes después, desde todos los puntos cardinales, un diluvio de trazadoras dirigido hacia las posiciones libias iluminó la noche. Junto a las de las ametralladoras de 14,5 y 12,7 mm., se distinguían las trayectorias más tensas de la munición de los cañones de 23 mm. Casi inmediatamente, las estelas de los misiles Milan se unieron a la tormenta de fuego, y los primeros carros libios comenzaron a estallar... Los soldados libios, cogidos por sorpresa, no llegaron a reaccionar de forma coherente y apenas algunos disparos esporádicos e imprecisos salían de las posiciones libias. Tras poco más de veinte minutos de fuego sobre las posiciones libias, el general Djamous ordenó avanzar a su infantería. Pequeños grupos de infantes, armados con el omnipresente AK-47 Kalashnikov, se dirigieron hacia las castigadas

posiciones libias, seguidos a corta distancia por los Toyota, que continuaban disparando a través de los intervalos que dejaban los infantes... al alcanzar las primeras líneas libias, los Toyota cesaron de disparar, y los infantes comenzaron a registrar la base en busca de supervivientes... Si algún vehículo libio llegaba a moverse, se convertía inmediatamente en blanco de las armas pesadas de los Toyota... Pocas horas después, el general Djamous hacía balance de la batalla: 781 soldados libios habían muerto, 82 habían sido apresados; no se molestó en contar los muertos entre los cientos de milicianos chadianos del rebelde Gukuni Uedei, aliado de los libios: entre ellos no hubo prisioneros. En cuanto al material, 92 carros T-55 y T-62 habían sido destruidos y 13 de ellos habían sido capturados; 33 vehículos acorazados de transporte BMP-1 y BTR-70 también fueron destruidos y 29 más capturados, junto con artillería, morteros... ¡Un excelente balance para haber perdido 18 muertos, 54 heridos y sólo tres Toyotas, de su fuerza de 3.000 hombres y 400 pick-ups...!

En este punto, el lector podría preguntarse cuál es el interés para el militar profesional español de una batalla ocurrida hace más de treinta años, en un conflicto muy alejado de nuestra Patria... Veamos otra acción:

Al amanecer del 13 de enero de 2016, la base de AMISOM (African Union Mission in Somalia) localizada en las afueras del pequeño pueblo de El-Ade, se despertó repentinamente por el sonido de una potente explosión: un coche



Columna de vehículos Toyota de los rebeldes Seleka avanzan sobre Bangui en el 2013

bomba, conducido por un terrorista suicida del grupo terrorista Al-Shabaab, se había desviado de la carretera y recorrió sin luces los escasos doscientos metros que le separaban de la base. Inmediatamente tras la explosión, un diluvio de trazadoras cayó sobre la base, desde todas las direcciones: ametralladoras de 14,5 y de 12,7, cañones antiaéreos dobles de 23 mm y cañones sin retroceso hacían fuego sin cesar desde la trasera de una treintena de Toyota Hilux. Al cabo de unos minutos de intenso fuego, y tras comprobar que los defensores (la 1ª Compañía del 1º Batallón del 9º Regimiento de infantería keniana) no respondían al fuego, los infantes de Al-Shabaab avanzan hacia el perímetro defensivo. La base es tan solo una explanada cuadrada de poco más de 200 m de lado, protegida por HESCO-bastion, con posiciones de ametralladoras de 12,7 mm en las esquinas y en la puerta principal. Los infantes kenianos, duramente castigados por la violencia del fuego enemigo, apenas pueden reaccionar. Tres vehículos blindados supervivientes intentan escapar de la base, pero cada vez que toman una dirección de salida se ven bajo el fuego de las armas pesadas de los Toyota hasta que, finalmente, son destruidos. No

hubo supervivientes: los terroristas de Al-Shabaab no toman prisioneros.

A partir de estos dos hechos, se plantean dos preguntas: ¿cuál es el elemento común de estas dos historias? y, ¿qué interés tienen para nosotros?

Evidentemente, el elemento común a ambas es lo que se denominó en su día «la guerra de los Toyota», y el interés que tienen para nosotros es la extensión del «modelo chadiano» de guerra, desde su escenario inicial en el norte del Chad hasta abarcar todo el Sahel y, más recientemente, zonas como el norte de Kenia, Uganda o la República Centroafricana, e incluso, Oriente Medio. Zonas todas ellas con presencia militar española, en el marco de las misiones de entrenamiento de la Unión Europea o de la OTAN.

LA «GUERRA DE LOS TOYOTA»

El ataque del general Djamous sobre la base de Fada ilustra la «fase final» de todo un concepto operativo construido sobre medios muy precarios, pero muy eficaces. Este se basa en la movilidad y la potencia de fuego como elementos fundamentales, pero también en la sorpresa, en la austeridad logística y en el empleo de medios civiles.



Toyota armado con un montaje doble de 23 mm. Estos vehículos admiten una enorme variedad de armamento, desde ametralladoras pesadas a lanzacohetes

Para aplicarlo, se organizan grandes masas de vehículos todo terreno, sobre los que se montan tantas armas pesadas como se tengan. En el ataque sobre Fada, Djamous disponía de 3.000 combatientes y 400 Toyotas, con un arma pesada de algún tipo en cada uno de ellos. Una fuerza similar, en número y composición, permitió a los rebeldes derribar el gobierno de la República Centroafricana y tomar la capital, Bangui, en pocas semanas, en 2013.

Cada uno de estos vehículos transporta unos pocos infantes, todo el combustible que pueda llevar, agua, comida y munición. No se prevé una logística como tal sino que, al estilo napoleónico, la fuerza se nutre de lo que pueda saquear en su camino. Esta política de «vivir sobre el terreno» y la facilidad para detectar un gran número de vehículos hacen que, para moverse, se dividan en grupos mucho más pequeños, de quince o veinte vehículos, que toman diferentes rutas para aproximarse al objetivo a atacar.

En general, durante el día se esconden en alguna vaguada o bosquesillo, y destacan una

pequeña partida de reconocimiento que intenta confundirse con el tráfico civil (uno o dos Toyotas, o un grupo de motos), que reconoce el itinerario y busca un lugar que les permita la ocultación durante la siguiente jornada. Una vez localizado, regresa a buscar al grupo principal. Este, guiado por la partida de reconocimiento, se desplaza a su nueva posición durante la noche. Dependiendo del terreno, pueden avanzar hasta 200 km por día.

Las rutas se eligen de forma que los diferentes grupos puedan apoyarse entre sí, en caso de que alguno de ellos se encuentre inesperadamente con una fuerza superior. En ese supuesto, todos los grupos confluyen desde sus rutas hacia la fuerza enemiga, intentando siempre atacarla simultáneamente y por los flancos y retaguardia (dos semanas después de la batalla de Fada, los chadianos destruyeron una brigada acorazada libia en un combate de encuentro, cerca de Zouar).

Una vez alcanzado el objetivo planeado, el ataque se ejecuta de forma convergente, intentando encontrar previamente rutas poco vigiladas o puntos débiles en las defensas. En la mayoría

de los casos, los defensores no son conscientes de la proximidad del enemigo, que puede haber cubierto centenares o miles de kilómetros sin ser descubierto (en 2008, 3.000 rebeldes chadianos con 300 Toyota llegaron desde Sudán hasta la capital Ndjamena a través del desierto –más de 1.000 km– sin ser descubiertos, pese a la vigilancia de aviación y medios electrónicos de los franceses de la Operación Épervier).

El ataque comienza al amanecer, con la máxima potencia de fuego disponible, y desde fuera del alcance del fuego de fusilería: la amplísima dotación de armas pesadas y la sorpresa operacional (presencia de fuerzas hostiles en lugares completamente inesperados) y táctica, hacen que la reacción del defensor sea poco eficaz. Si el atacante considera que ha conseguido neutralizar a los defensores, ordena el avance de la infantería para acabar con los supervivientes. En este tipo de ataques, basados en la potencia de fuego, la mortalidad entre los defensores es altísima (incluso sin recurrir a asesinar a heridos y prisioneros, práctica desgraciadamente muy común: aparte de otras razones, el tipo de fuerzas descrito no puede custodiar prisioneros ni atender heridos). Si el defensor es capaz de articular una respuesta eficaz a la agresión, el atacante aprovecha su gran movilidad para retirarse sin entrar en combate próximo, moviéndose nuevamente en pequeños grupos que se desplazan independientemente hacia un punto de reunión fijado de antemano.

Este tipo de ataques implican consumos muy elevados de munición, lo que parece contradecirse con unas fuerzas logísticamente muy austeras. En realidad, la munición disponible es muy limitada (la que puede llevar un ya sobrecargado *pick-up*), por lo que el efecto sorpresa es fundamental: las «fuerzas Toyota» no pueden combatir batallas prolongadas, sino que su eficacia se basa en desencadenar una enorme potencia de fuego durante periodos de tiempo muy cortos.

Otra característica importante, para entender el concepto, es que las «fuerzas Toyota» emplean el terreno como los navíos el mar: su objetivo no es ocupar puntos del terreno, sino destruir las fuerzas armadas adversarias o sus centros de decisión política o militar (ataques de «decapitación»). De la misma manera, tampoco ocupan el terreno: tras destruir la fuerza enemiga, los

atacantes al completo se dirigen a un nuevo objetivo, abandonando el anterior. De esta forma, los avances no se traducen en la disminución de la fuerza atacante, por tener que dejar tropas guarneciendo el terreno ganado. Gracias a esto, en general siempre tendrán superioridad numérica local: las «fuerzas Toyota» combaten siempre reunidas, frente a un enemigo habitualmente desplegado en multitud de pequeñas bases de nivel sección / compañía / batallón, con mentalidad defensiva y dedicado a controlar el territorio y proteger a la población (caso tanto de los ejércitos nacionales africanos, como de las diversas misiones de la Unión Africana o de Naciones Unidas).

En el concepto explicado, la artillería de campaña o los morteros tienen una utilidad limitada. Este tipo de tácticas se basan en la movilidad (en defensa y en ataque) y la artillería y los morteros requieren cierto tiempo para entrar y salir de posición, son poco aptos para atacar objetivos móviles, su empleo requiere medios técnicos y conocimientos especiales y tienen un elevado consumo de munición, que se traduce en la necesidad de una logística adecuada. Todos estos requisitos hacen que su utilidad en este tipo de combate sea reducida: no es sorprendente que, salvo algunos morteros ligeros, apenas se empleen.

Ya en la guerra con los libios, los chadianos sufrieron la vulnerabilidad de sus unidades frente a helicópteros y aviones de ataque, por lo que se dotaron de armas antiaéreas (en general, MANPADS). Sin embargo, la escasísima aviación existente en África hace que la mayoría de estos grupos no crean necesario disponer de materiales tan complejos y caros en un entorno de amenaza aérea muy reducida, aunque no es descartable que puedan dotarse de ellos.

Las transmisiones de los chadianos se basaban en radios HF proporcionadas por los franceses pero, más recientemente, los grupos que emplean estas tácticas suelen utilizar teléfonos satélite civiles, en pequeño número (uno o dos por grupo de vehículos).

LA EXPORTACIÓN DEL MODELO

Desde su ya lejana «puesta de largo», el modelo de guerra descrito se ha ido extendiendo a lo largo, inicialmente, del Sahel. En realidad, el



Columna de Toyotas armados en algún lugar de Oriente Medio. Aunque presentes en los campos de batalla desde principios de los 80, su empleo en masa data de la guerra entre Chad y Libia, a finales de esa década

desierto o la sabana son su «entorno natural»: grandes extensiones de terreno con amplias posibilidades de movimiento en áreas sin puntos de paso obligado, tanto para escoger múltiples rutas de ataque como para realizar movimientos transversales en caso de tener que socorrer a una de las columnas; campos de tiro despejados, que permiten aprovechar el máximo alcance de las armas pesadas, población escasa y por ello —junto con las enormes extensiones del desierto— menores posibilidades de ser detectados; poca eficacia de los apoyos de fuego del defensor, en un terreno sin referencias orográficas...

Sin embargo, este tipo de guerra tiene un gran inconveniente: para los medios de que disponen los gobiernos o los grupos armados africanos, resulta muy cara. Por barato que sea un Toyota *pick-up* en comparación con un vehículo militar, el coste de dotarse con centenares de esos medios es muy elevado para los recursos económicos locales. A este coste se añade el de las armas pesadas y sus municiones, mucho más elevado que el de los sempiternos AK-47. Por este motivo, desde 1987 hasta ahora, la aparición de los Toyota «en masa» es un fenómeno relativamente inusual fuera del escenario chadiano. Si fue la

ayuda norteamericana y francesa la que permitió al Ejército Nacional del Chad conseguir estos medios, en el marco de una guerra con una Libia que simpatizaba con el bloque soviético, el fin de la Guerra Fría redujo el interés de las potencias occidentales en interferir en los conflictos locales africanos. Sólo en Somalia aparecen en 1984 algunos de estos vehículos (los *technical* en argot militar norteamericano, popularizados en la película *Black Hawk Down*), pero nunca llegan a emplearse de la forma explicada... hasta ahora.

No obstante, en los últimos años, se han producido importantes cambios en el escenario africano: por un lado, los largos años de conflictos en el Chad, en Sudán y en Somalia han hecho aparecer grupos de mercenarios con larga experiencia en combate. En el caso de los chadianos, además, su experiencia está centrada precisamente en el modelo de combate descrito, lo que ha permitido su extensión en Sudán (conflicto de Darfur o de Sudán del Sur) y en Somalia.

Por otro lado, las riquezas mineras africanas han permitido a algunos gobiernos, sobre todo a algunos grupos rebeldes que controlan explotaciones mineras, disponer del dinero necesario para adquirir vehículos y armas y para contratar

a esos mercenarios: el ataque de los rebeldes «Seleka» contra el gobierno de Bangui en 2013 contó con la participación de un número importante de mercenarios chadianos y sudaneses.

La caída de Gadafi es otro factor importante, al haber dejado fuera de control el enorme arsenal que adquirió su gobierno, y al quedar sin empleo una importante cantidad de mercenarios que servían al dictador libio. Esto ha aumentado la disponibilidad de combatientes y ha facilitado el acceso a armamento pesado.

Además de todo ello, el cambio climático hace que el desierto del Sáhara avance hacia el sur. En consecuencia, los pastores nómadas cada vez tienen que viajar más hacia el sur para encontrar pastos para su ganado, invadiendo las tierras de los agricultores sedentarios. Esto es una fuente de conflictos que se agravará progresivamente con el avance del desierto, pero que se complica aún más por el carácter esencialmente musulmán de los pastores nómadas, frente a las poblaciones agrícolas, generalmente animistas / cristianas. A este factor religioso se une el incremento de la radicalización de gran número de estos musulmanes, debido a la extensión del wahabismo fomentada por Arabia Saudita. El

carácter musulmán de la mayoría de los pastores nómadas se traduce también en que son receptores potenciales de ayuda de todo tipo (incluso militar), procedente de sectores vinculados al yihadismo.

El efecto combinado de estos factores (entre otros) hace que las tácticas de la «guerra de los Toyota» empiecen a ser habituales en Mali, Somalia o la República Centroafricana.

CONCLUSIONES

El cambio de forma de combatir de los grupos rebeldes, desde unas guerrillas a pie o que usaban un puñado de vehículos para moverse, armadas esencialmente con AK-47 y lanzagranadas RPG-7, hacia el modelo de cientos de Toyota con un número equivalente de armas pesadas, supone un cambio fundamental de escenario. Como ejemplo, en 2008, las Fuerzas Armadas Centroafricanas (FACA) sofocaron sin grandes complicaciones una rebelión en el noreste del país; en 2013, los mismos rebeldes de 2008 —pero con su modelo de combate evolucionado al descrito— derrotaron tan contundentemente a las FACA que se hicieron con el control del país entero en pocas semanas.



Concentración de Toyotas armados en Libia. Una de las claves de este modelo de combate es el empleo en masa

Resulta pertinente imaginar el combate de un batallón de Infantería ligero de corte occidental frente a una fuerza como la descrita: 2.000-3.000 combatientes, con 300 o más Toyota con armas pesadas, actuando de la manera descrita. ¿Por qué es pertinente este análisis? Porque es el modelo de adiestramiento que estamos aplicando en Mali, Somalia o Centroáfrica: los GTIA (*Groupes Tactiques Interarmées*) malienses o los BIT (*Bataillon d'Infanterie Territoriale*) centroafricanos son poco más que batallones ligeros con algunos (pocos) apoyos. Aún más, porque es el modelo adoptado por la Unión Africana o las Naciones Unidas: unidades ligeras, nunca por encima de nivel batallón en un mismo lugar o en una misma operación, con un puñado de vehículos blindados ligeros (incapaces de resistir el fuego de una ametralladora de 14,5 mm; menos aún de un cañón sin retroceso o un cañón antiaéreo de 23 mm). En ese combate imaginario, los batallones de modelo occidental estarían ampliamente superados en potencia de fuego y en alcance...

Por salir un poco del terreno de las conjeturas, el 23 de marzo de 2013, una fuerza

sudafricana compuesta de una compañía de Operaciones Especiales (Reconocimiento Acorazado) y otra compañía de paracaidistas se enfrentaron a los rebeldes «Seleka» en el casco urbano de Bangui. En ese terreno, ni los Toyota podían aprovechar su movilidad, ni podían concentrar en un solo punto toda su potencia de fuego, ni eran capaces de emplear sus armas a máximo alcance...Pese a ello, tras sufrir 13 muertos, 27 heridos y 40 prisioneros, y habiendo agotado sus existencias de munición de armas pesadas, los sudafricanos alcanzaron un acuerdo con los «Seleka» que les permitió retirarse al aeropuerto, bajo la protección de los franceses de la Operación *Sangaris*, pero abandonando sus vehículos y su armamento pesado. Sin duda, las bajas de los rebeldes fueron muy elevadas, pero no cabe duda de quién quedó dueño del campo de batalla.

En consecuencia, parece aconsejable un estudio en detalle de la amenaza militar a la que se enfrentan nuestros aliados africanos, antes de organizarlos, adiestrarlos y equiparlos «como siempre».■



Rebeldes «Seleka» sobre un vehículo Gecko capturado a los paracaidistas sudafricanos